

Un novelista "negro" para Chile

La narrativa de Ramón Díaz Eterovic (1956) se asemeja un tanto a la de los escritores chilenos de la década del 60, aún llamada "novísima": no muestra elementos retóricos, recurre con frecuencia a un narrador de lenguaje coloquial y denota un buen manejo de las técnicas modernas. Examinando sus libros de cuentos (*Cualquier día*, *Obsesión de Año Nuevo*, *Atrás sin golpes*), encontramos tres motivos que se repiten con regularidad: la relación de amor muy joven, la contingencia política, y la violencia en cuanto factor ambiental. Es en este último terreno donde Díaz Eterovic desarrolla una dosis mayor de fuerza narrativa y quizás por eso mismo, desde la aparición de su novela breve *La ciudad está triste*, se ha convertido en un cultor fanático del género policial denominado "negro", en el cual logra integrar sus tres motivos recurrentes en ese todo unitario que un buen argumento policíaco siempre necesita.

La "negritud" de este género tiene su origen en la revista *Black Mask* (norteamericana), en la cual -a comienzos de los años 20- publicaron sus primeros cuentos algunos escritores que muy pronto alcanzarían mucha fama y gran divulgación. Erle Stanley Gardner, Cornell Woolrich (que también usaba el seudónimo de William Irish), Carroll John Daly (tal vez el fundador), y Dashiell Hammett, que, junto con Raymond Chandler y Ross Macdonald, pasó a la página de los clásicos de la literatura.

La novedad que introducían estos nuevos cultores del misterio se expresó en el deseo de alejar la novela policíaca del mero argumento deductivo (estilo Sherlock Holmes o Hércules Poirot), para incorporarle elementos de crítica social y realismo literario, abordando problemas presentes como la represión, las huelgas, la cesantía o la explotación, y describiendo un mundo que no huele bien, pero que es el mundo en que vivimos, dominado por una elevada dosis de individualismo deshumanizado y un creciente grado de corrupción en todos los niveles. Para ello, inventaron detectives privados como Race Williams, Sam Spade, Mike Hammer, Lew Archer o el notable Philip Marlowe. El detective Heredia, creado por Ramón Díaz, tiene su matrícula asegurada

en esta misma familia. Al igual que los nombrados, no se caracteriza por un genio excepcional para la deducción, sino más bien por un instintivo sentido de la justicia, cierto grado de escepticismo producido por el estado de cosas, y una capacidad de acción rápida y violenta que desarrolla de principio a fin en las novelas que protagoniza. Heredia se autodefine como alguien muy seguro de que las únicas cosas verdaderamente reales son la oscuridad y los lobos que acechan en las esquinas.

Después de *La ciudad está triste*, Ramón Díaz publicó *Solo en la oscuridad*, finalista en el concurso Casa de las Américas, pero casi desconocida en Chile debido a que su edición argentina ha sido poco divulgada. Y ahora, inaugurando la colección Meridión, de Planeta, nos entrega su tercera novela negra, *Nadie sabe más que los muertos*, con la que se suma definitivamente a la ya apreciable cantidad de escritores que están popularizando y otorgando alta categoría literaria a este género en América Latina, como son Osvaldo Soriano y Mempo Giardinelli, en Argentina; Paco Ignacio Taibo II y Rafael Ramírez Heredia, en México; Daniel Chavarría, en Uruguay, y Rodolfo Pérez Valero, en Cuba, para nombrar a algunos de los más destacados. Díaz Eterovic ha encontrado su buena fórmula: un pretexto policial para escarbar en las dimensiones políticas que subyacen a los hechos. El detective Heredia nos ha mostrado ya cierta predilección por descender profundo a los subterráneos apuestos que caracterizaron un período más o menos reciente de la historia chilena.



Ramón Díaz Eterovic.